

**Experiencia y norma de la *vita beata*.
Estructura y argumentación en las
Tusculanae disputationes de Cicerón.***

Helmut Seng
Universidad de Konstanz
Alemania

Objeto del sentir y del pensar, tanto de la percepción inmediata como de la meditación distanciadora, es la felicidad. Cicerón ha dedicado a la reflexión sobre ella sus *Tusculanae disputationes*, considerando diversos aspectos. Una síntesis del contenido se encuentra en *De div.* II 2:

... libri Tusculanarum disputationum res ad beate vivendum maxime necessarias aperuerunt. Primus enim est de contemnenda morte, secundus de tolerando dolore, de aegritudine lenienda tertius, quartus de reliquis animi perturbationibus, quintus eum locum amplexus est, qui totam philosophiam maxime illustrat; docet enim ad beate vivendum virtutem se ipsa esse contentam.

Esta síntesis forma parte de una recapitulación general en la que Cicerón da cuenta de su producción literaria dedicada a la filosofía. Su empresa queda justificada por el hecho de que no exista una literatura filosófica en lengua latina. Acepta, como única excepción, un grupo de escritos, que, aunque de contenido filosófico, resultan apenas legibles por su falta de plan y de elaboración artística. Cicerón, por el contrario, aspira a alcanzar en sus obras también calidad literaria.¹

* Versión alemana (sin apéndice) en *Rheinisches Museum* 141 (1998) 329-347.

¹ I 5s.; II 6s. Se alude, entre otras cosas, al epicúreo Amafinio, mencionado en IV 6s. Quien en cambio no está mencionado es Lucrecio; cf. W. SÜB: *Cicero, Eine Einführung in seine philosophischen Schriften (mit Ausnahme der staatsphilosophischen Werke)*, *Abh. der Akad. der Wiss. und der Lit. in Mainz, geistes- und sozialw. Kl.*, 1965,

5, 372-377; O. GIGON: *Cicero, Gespräche in Tusculum*, München 1970, 350. Quizás explique esto el hecho de que Cicerón ordena la obra de Lucrecio bajo el rubro poesía (cf. I 3), mientras que en la propia obra opone a la falta de forma la elaboración en base a medios retóricos. El escrito de Bruto mencionado en V 1 (*De virtute*) es considerado, por lo visto, aproximadamente contemporáneo.

A pesar de esta clara advertencia, sólo en escasa medida se ha hecho caso hasta ahora, según parece, a la cuestión de la forma artística de las *Tusculanae disputationes*. Sobre todo, el análisis de la composición ha estado signado en especial por la investigación de las fuentes, con la correspondiente constatación de numerosos cortes, adiciones e intercalaciones². En cambio, se ha descuidado más bien el diseño compositivo de Cicerón, quien en *De fin.* I 6 declara³: *nostrum scribendi ordinem adiungimus*. Pocas han sido las propuestas que han ido más allá⁴. La consideración de las *Tusculanae disputationes* como una obra de arte literaria constituye en cambio la base de esta exposición cuyo objeto es, en primer lugar la composición de cada uno de los libros y luego de la totalidad de la obra. Acto seguido, la cuestión será estudiar la relación entre la configuración formal y el desarrollo de los temas, según han sido expuestos en el resumen de *De div.* II 2 citado.

La secuencia del pensamiento y la articulación interna del contenido son el fundamento para comprender la disposición compositiva de las *Tusculanae disputationes*. Indicios importantes ofrecen algunas advertencias expresas sobre la disposición, que eventualmente marcan inclusive cortes. Además de esto hay que considerar ciertos aspectos formales, en especial el cambio de discursos extensos a partes dialógicas o las intervenciones del interlocutor en la exposición de Cicerón.

Para empezar, un primer acercamiento general permite reconocer un esquema básico común a los cinco libros. Al principio hay siempre un proemio, que en gran parte no tiene relación con el tema especial de la exposición que sigue. A continuación hay un diálogo introductorio, invariablemente abierto por el interlocutor de Cicerón con una tesis, que en la discusión habrá de ser refutada. El coloquio introductorio logra esto de modo provisorio. Pero sirve sobre todo para preparar la exposición en la parte principal que sigue, en tanto diferencia y precisa cuestiones y da indicaciones sobre la disposición. Corresponde al diálogo introductorio un

2 Cf., además de los comentarios, M. POHLENZ: "Das dritte und vierte Buch der Tusculanen," *Hermes* 41 (1906) 321-355; *idem*: "Das zweite Buch der Tusculanen," *Hermes* 44 (1909) 23-40; R. PHILIPPSON: "Das dritte und vierte Buch der Tusculanen," *Hermes* 67 (1932) 245-294.

3 Resulta instructiva la exposición de PHILIPPSON 264-266, quien observa que III 56-61 está mal colocado, sin sacar de ello conclusiones para la composición. La disposición propuesta por él presta más interés, por el contrario, a inferir el curso del pensamiento del supuesto modelo, que a las

explicaciones de Cicerón, que tiene a la vista. Cf. también las observaciones en SÜß 248s. y GIGON 345s.

4 Cf. K. BÜCHNER: *Marcus Tullius Cicero, Gespräche in Tusculum*, Zürich/Stuttgart 1966, I.VI; A.J. KLEIDWEGT: "Philosophischer Gehalt und persönliche Stellungnahme in Tusc. I 9-81," *Mnemosyne* IV 19 (1966) 359-388; W. GÖRLER: *Untersuchungen zu Ciceros Philosophie*, Heidelberg 1974, 20-26; P. MACKENDRICK with the collaboration of K.L. SINGH: *The philosophical books of Cicero*. London 1989, 149-163.

discurso final de tono parenético, que resume la conversación, retomando la exposición inicial del tema. Conversación inicial y *peroratio* final enmarcan entonces la parte principal del libro. Esta construcción común a todos los libros está ampliada en el I y el II por un marco suplementario, formado en cada caso por un breve párrafo sobre el escenario en que transcurre el diálogo, colocado entre el proemio y el diálogo introductorio, y otro párrafo de características semejantes después del discurso final.

La parte principal, sea con marco simple o doble, comienza siempre con un párrafo a modo de catálogo: doxográfico en I y V; en II, en primer lugar, también doxográfico, pero transformándose luego en *exempla*; en III y IV con definiciones de conceptos y sistematizaciones. Al final de la parte principal hay siempre una serie de ejemplos. Estas series iniciales y finales de miembros breves confieren a las partes principales el aspecto de una composición en anillo.

Con todo, estas partes a modo de catálogo no ofrecen otro marco más a una sección intermedia. Más bien, el análisis detallado de cada una de las partes principales deja ver estructuras más variadas, que son las que a continuación han de ser individualmente consideradas⁵.

I

El verdadero proemio del libro I comprende de 1 a 6. Le sigue una breve presentación escénica de la obra completa en 7 y 8. Del 9 al 17 se agrega el diálogo introductorio. La tesis del interlocutor: *Malum mihi videtur esse mors* es rechazada como contradictoria. Pues, por una parte, hay acuerdo en el rechazo de las imágenes terroríficas del mundo subterráneo; por otra parte, sin embargo, Cicerón explica que la muerte no afecta en absoluto a quienes aún viven; los muertos, en cambio, si ni siquiera existen, no pueden ser infelices. La muerte podría ser inclusive algo bueno. Hacer esto al menos probable es lo que se propone la argumentación que sigue.

En 18-23a sigue, en primer lugar, un párrafo introductorio que muestra la interrelación de las preguntas sobre la esencia de la muerte y la del alma, agregando un panorama doxográfico sobre la doctrina del alma.

Un breve diálogo, de 23b a 26a, establece la disposición de lo que sigue. En primer lugar habrá que demostrar que el alma sobrevive a la muerte; si esto empero resultara demasiado difícil, habrá que demostrar en segundo lugar que la muerte no es un mal.

5 No es necesario referir las propuestas de articulación (a veces sorprendentemente

disparés) que aparecen en las distintas ediciones, comentarios y traducciones.

De la prueba de la inmortalidad se encarga el párrafo 26b-55, a su vez subdividido en dos partes: 26b-39a y 39b-55.

En primer lugar Cicerón expone en 26b-39a un primer grupo de argumentos en favor de la inmortalidad del alma: la autoridad de la tradición, el *consensus gentium* y además algunos ejemplos. Luego de aludir a una prueba presentada por Platón, propone interrumpir.

La segunda parte, 39b-55, es introducida por la protesta del interlocutor. El intermedio marca la articulación y pone de relieve lo que sigue. Cicerón presenta ahora diversas pruebas filosóficas, concluyendo con la que aporta Platón en el *Fedro*, por la que hace derivar la inmortalidad del alma de su automoción. La aprobación por parte del interlocutor marca el final de este apartado.

A esto sigue una sección independiente desde 56 hasta 75. Yendo más allá del objetivo propuesto, Cicerón explica que el alma no sólo es inmortal, sino también divina, como lo prueba su actividad espiritual. La culminación está en la autocita, en tono patético, de la perdida *Consolatio* en 66, es decir, exactamente en la mitad del apartado.

Sigue un breve diálogo, 76-78, que sirve de transición. El interlocutor aprueba la opinión expuesta, pero Cicerón le advierte que algunos filósofos niegan la inmortalidad del alma.

Sigue a esto un apartado, 79-81, en el que Cicerón rechaza la opinión de Panecio de que las almas tienen un principio y un fin. También éste es un pasaje de transición. Pues, separado por un diálogo, sigue la segunda parte de la exposición, donde se ha de explicar que aun en el caso de que las almas desaparecieran, la muerte no sería un mal.

La correspondiente exposición ocupa de 82 a 111, enmarcada por una reformulación introductoria del tema, que se remite al diálogo introductorio, y una advertencia final, que declara concluido el tratamiento del tema. A pesar de la falta de una marca clara en la disposición, está sugerida una articulación interna en 82-94 y en 95-111, puesto que hay en el medio y al final del conjunto dos breves apartados muy semejantes temáticamente, que a su vez siguen a dos más extensos⁶. Ante todo se rechaza la opinión de que sea un mal perder los bienes de la vida: en primer lugar, la muerte es más bien una liberación de los males de la vida (83-86); en segundo lugar, a los muertos, careciendo de sensibilidad, no les falta nada (87-92); en tercer lugar por fin nadie puede alegar un derecho a un determinado tiempo de vida (93-94). Sigue a esto la exhortación al menosprecio de la muer-

6 Una estructura semejante tiene el correspondiente apartado 28-55 en la estructura completa del libro: prueba por la tradición y el *consensus gentium*, 26-30; prueba por la previsión del futuro, 31-35; transición a

Platón, 36-39a; consideraciones cosmológicas, 39b-43; visión cósmica del alma (seguida por una crítica a Epicuro), 44-49a; continuación de 39a, transición a Platón y prueba platónica, 49b-55.

te en base a ejemplos (95-102a) y una exposición sobre la nimiedad de la sepultura y de la profanación de cadáveres (102b-109a). Cierra el apartado la declaración de que nadie que haya cobrado fama por su virtud ha vivido demasiado poco; es más, que lo mejor es morir en la culminación de la propia fama (109b-111).

Introducido por una breve conversación (112) sigue en 113-119a un epílogo, que presenta a la muerte como un bien deseable. Luego de la intervención del interlocutor, 119b, el libro se cierra anunciando que la conversación ha de continuar al día siguiente.

La sinopsis hasta aquí expuesta ha tenido por objetivo justificar la articulación propuesta y la ponderación de las partes singulares. Además, ha cumplido con la función de mostrar el modo de proceder; por eso la paráfrasis ha sido, si bien muy breve, más detallada de lo que será posible de aquí en más. Ahora, sobre la base expuesta, hay que aclarar resumidamente la arquitectura del libro, poniendo en evidencia las correspondencias y teniendo en cuenta las proporciones.

En primer lugar se destaca el proemio,	1-6	(3 pp. ed. Teubner).
El marco externo lo ofrecen las observaciones escénicas de y las de	7 y 8 119b	(1 p.), (0,3 p.).
El marco interno está formado por el diálogo introductorio de y el epílogo de	9 a 17 112 a 119a	(5,5 pp.) (4 pp.).
Además se corresponden entre sí los dos bloques paralelos y	18-55 76-111	(18,9 pp.) (19,6 [20,6] pp.),
que constan de una parte introductoria o de transición, y	18-26a 76-81	(4,3 pp.) (3 [4] pp.),
y de una exposición, y	26b-55 82-111	(14,5 pp.) (16,6 pp.).
Las dos partes preparatorias son a su vez bipartitas:		
una explicación continua, y un diálogo,	18-23a 23b-26a	(3 pp.) (1,3 pp.),
o bien un diálogo, y una explicación continua,	76-78 79-81	(1,5 [2,5] pp.) (1,5 pp.).
Bipartitas son también las exposiciones más extensas, es decir de	26b a 39a	(6,2 pp.)
y de	39b a 55	(8,4 pp.),
o de	82 a 94	(7,4 pp.)
y de	95 a 111,	(9,2 pp.),
si bien es de observar que la articulación sólo en el primer caso está marcada por una intervención del interlocutor.		

Como sección media de la composición central queda realizada tanto en lo formal como por el contenido, con la cita de la *Consolatio* en el centro. 56-75, (10,7 pp.)

Se puede constatar que los elementos análogos de la sección principal se corresponden también aproximadamente en sus proporciones. Para la cuestión compositiva es este hecho altamente significativo, no sólo porque confirma la articulación obtenida siguiendo el curso de la conversación sino también porque el equilibrio de las proporciones permite reconocer claramente un diseño artístico. Podemos afirmar por anticipado que los restantes libros coinciden en esto con el primero.⁷

II

En el libro II el proemio se extiende de 1 a 9. Sigue, de 10 a 13, primero un breve coloquio sobre la localización y circunstancias del diálogo. Con él empalma el verdadero diálogo introductorio, de 14 a 15a. El interlocutor formula la tesis: *Dolorem existimo maxumum malorum omnium*, si bien acepta inmediatamente que la vergüenza es un mal aún más grande. Tema de la conversación que sigue es la cuestión de en qué medida es el dolor, después de todo, un mal.

El primer apartado (15b-25) contiene, junto a noticias doxográficas, sobre todo citas de poetas que ejemplifican de manera eficaz el poder del dolor.

De 26 a 41 sigue una extensa exposición sin interrupciones. Luego de un breve coloquio sigue primero un apartado teórico (27-33), que contiene la discusión de opiniones filosóficas y donde se explica que no soportar el dolor indica una carencia de virtud y consecuentemente algo vergonzoso. Que el dolor puede ser soportado queda probado con los ejemplos en 34-41.

Un segundo bloque de estructura paralela se agrega en 42-53a. Después de un intermedio en 42a, en la primera parte (42b-46) se explica que la virtud es el verdadero remedio del dolor. En un segundo apartado (47-53a) esto se dilucida con el modelo del dominio de la parte racional del alma sobre la irracional, y se ilustra con ejemplos esta forma del autodomínio.

La parte subsiguiente (53b-62) explica además que la tensión de la resistencia logra incluso aligerar objetivamente la sensación de dolor. La correspondiente serie de ejemplos presenta el contraste a los ejemplos de hombres vencidos por el dolor (15b-25).⁸

7 Ver el Apéndice.

8 Esta correspondencia muestra que las ci-

tas poéticas no sólo sirven para exhibir el arte del traductor, como cree POHLLENZ (1909) 24.

De 63 a 67a sigue el discurso final parenético. Con la exhortación a evitar la vergüenza más aún que el dolor vuelve al diálogo inicial (14-15a).

Un resumen en forma de diálogo cierra el libro en 67b, y su alusión al día precedente y al subsiguiente corresponde a la conversación introductoria (10-13).

Recapitulando:

Primero está el proemio,	1-9		(4,3 pp.).
El marco exterior está formado por	10-13	(2 pp.)	y 67b (0,4 p.).
El marco interior está formado por	14-15a	(0,7 p.)	y 63-67a (2,1 pp.).
Partes enmarcantes de la parte principal			
son	15b-25	(5,8 [5] pp.)	y 53b-62 (4,6 pp.).
En la mitad están	26-41	(8,9 pp.)	y 42-53a (6,7 pp.).
Los apartados centrales están			
articulados en	26-33	(4,3 pp.)	y 34-41 (4,6 pp.)
o en	42-46	(3,4 pp.)	y 47-53a (3,3 pp.).

La simetría de las partes es semejante a la del libro I. Diverso es, sin embargo, que en el II no hay composición central; falta una sección en el medio. El libro II está más bien articulado en mitades de simetría especular.

III

En el libro III la participación del interlocutor está limitada al diálogo introductorio; falta en consecuencia todo indicio de articulación a partir de sus intervenciones. Esto se ve con todo compensado por indicaciones de la disposición, remisiones y reanudaciones en la exposición de Cicerón. En muchos casos se puede constatar además que la disposición está marcada por encuadres.

El proemio abarca de 1 a 6. De 7 a 11 sigue el diálogo introductorio, que comienza con la tesis del interlocutor: *Videtur mihi cadere in sapientem aegritudo*. Cicerón aclara en primer lugar que la aflicción o pena es una pasión, *perturbatio animi*, y por lo tanto una enfermedad psíquica⁹. Pero el diálogo introductorio concluye con la confirmación de la tesis del interlocutor.

La primera parte de la exposición comprende de 12 a 27; el final está marcado por la reflexión recapitulatoria sobre la tesis alegada. Esta parte está subdividida en dos secciones. En la primera, de 12 a 22, presenta

⁹ Cicerón se refiere con ello a la paradoja estoica ὅτι πᾶς ἄφρων μάλινται.

Cicerón, en una exposición ceñida, pruebas al modo de los estoicos. Abre el discurso con una refutación al filósofo Crantor, y lo cierra con el rechazo de la metriopatía aristotélica. En la segunda sección, 23-27, Cicerón dispone la *aegritudo* dentro de una clasificación esquemática de las pasiones (que luego será expuesta en detalle en IV 10b-22).

De 28 a 59a está la segunda parte, que es la central de la exposición: trata en tres apartados las opiniones emparentadas de epicúreos y cirenaicos. En primer lugar, 28-31 está dedicado a los filósofos cirenaicos. El sector medio, 32-51, tiene por tema a los epicúreos. Empieza con un breve esquema sobre la opinión de Epicuro, junto con la afirmación de Cicerón de que refiere correctamente el contenido; se cierra con el rechazo de la acusación de que polemiza con Epicuro. Entre estas dos aseveraciones se encuentra una polémica general, que se sale mucho del contexto inmediato, con la filosofía de Epicuro. Su centro está conformado por una doble cita de Epicuro (41 s.), el marco son diversos ejemplos míticos. Finalmente el tercer apartado, 52-59a, trata nuevamente de los cirenaicos.

En fin, la tercera parte de la exposición de Cicerón abarca de 59b a 79. El discurso se concentra más que antes en la terapia contra la aflicción. Esta sección está subdividida en dos apartados. En el primero, 59b-75a, Cicerón desarrolla en base a ejemplos la opinión de que la aflicción depende de la voluntad, y que por lo tanto su curación es posible también mediante el querer. Esta parte está enmarcada por una observación introductoria al filósofo académico Carnéades y otra, conclusiva, sobre la metriopatía, de modo completamente análogo a 12-22. El segundo apartado, 75b-79, se ocupa de diversas opiniones sobre los métodos de consolación.

La última parte de la exposición la constituye, de 80 a 84, el discurso final, que ofrece una síntesis, luego de una introducción que remite al punto de partida del discurso.¹⁰

Resultan así la siguiente composición y a las siguientes correspondencias:

El libro se abre con el proemio,	1-7a	(3,4 pp.).
Sigue el diálogo introductorio,	7b-11	(3 pp.),
al que hace <i>pendant</i> el discurso final,	80-84	(2,3 pp.).

Entre diálogo inicial y discurso final hay tres partes, a su vez subdivididas;

primero	12-27	(9,2 pp.),
subdividida en	12-22	(6 pp.) y 23-27 (3,2 pp.),

10 *Sed nescio quo pacto ab eo, quod erat a te propositum, aberravit oratio* no se refiere sólo a 75b-79, como cree PIRRISSON 246-

249, sino a las explicaciones desde 12, como sostiene GIGON 378.

y, al final, como contraste subdividida en	59b-79 (10,5 pp.), 59b-75a(8,1 pp.) y 75b-79 (2,4 pp.).
Entre ambos está, enmarcada como parte central, subdividida en	28-59a (15,5 pp.), 28-31 (2,5 pp.), 32-51 (9,4 pp.) y 52-59a (3,6 pp.).

La composición general del libro se asemeja a la del libro I. Además tienen en común que la parte media de la composición central, en el libro I con la explicación de la divinidad del alma, en el III con la crítica a Epicuro, va mucho más allá de la temática propuesta. En fin, un punto común de ambas secciones es la cita central.

IV

El proemio del libro IV comprende 1-7. Le sigue, de 8 a 10a, el diálogo inicial, que se abre con la tesis del interlocutor: *Non mihi videtur omni animi perturbatione posse sapiens vacare*. Cicerón constata que, en el tema de las pasiones, a los estoicos les interesan sobre todo las definiciones detalladas y precisas, a los peripatéticos en cambio la terapia. Inspirándose en ello quiere Cicerón, según sus propias palabras, comenzar con los remos de los dialécticos antes de desplegar las velas del discurso.

Sigue pues un primer apartado de 10b a 33a, que contiene la explicación de las definiciones estoicas; la conclusión de este tema la señala Cicerón en 33a.

La parte siguiente comprende de 33b a 46. La introduce la exhortación del interlocutor a desplegar las velas; contiene una polémica sobre los fundamentos teóricos de la metropatía recomendada por los peripatéticos, de la que éstos destacan sobre todo su utilidad. La aprobación provisional que el interlocutor concede a esta opinión cierra el pasaje e introduce al mismo tiempo el siguiente.

Pues en el siguiente apartado, de 47 a 57, se refuta esta posición por medio de ejemplos. El pasaje final, a modo de resumen, vuelve al sabio del que se hablara al principio del discurso.

El apartado que sigue inmediatamente, de 58 a 81, comienza cambiando el centro del interés del sabio al interlocutor, para pasar al tema de los *remedia animorum*, asociado en el diálogo introductorio a los peripatéticos. Después de algunas explicaciones generales y de remitir a la discusión sobre la pena en el libro III, Cicerón trata, en base a ejemplos, el miedo, el amor y la ira. El apartado termina con un resumen.

El discurso final abarca de 82 a 84: declara concluido el tema y presenta además un resumen de los libros I a IV, preparando así el libro V.

Si se mira el libro como una totalidad, lo primero es el proemio, de	1 a 7	(3,7 pp.).
Luego se corresponden la conversación inicial, de	8 a 10a	(1,1 pp.).
y el discurso final, de	82 a 84	(1,1 pp.).

Los dos temas mencionados en la conversación inicial, las definiciones y distinciones por un lado, y la terapia por el otro, son objeto de debate

de	10b a 33a	(11,4 pp.)
y de	58 a 81	(12 pp.).
Entre ambos pasajes hay un apartado teórico sobre la metriopatía de	33b a 46	(6,3 pp.)
y otro, claramente separado por las intervenciones del interlocutor en	46b,	
sobre el rechazo de la misma, elaborado principalmente en base a ejemplos, de	47 a 57	(6,6 pp.).

En el libro IV hay entonces una simetría axial semejante a la del libro II. Una peculiaridad de la composición es, sin embargo, que en el coloquio inicial se mencionan dos tipos de explicación, dos escuelas filosóficas y los dos temas por ellas preferidos, pero luego se verifica solamente la asociación de los remos, de la Stoa y de las distinciones en 10b-33a, mientras que el pasaje a la navegación y al Perípato se realiza en 33b, y el pasaje al tema de la terapia sólo en 58, y después no se habla más del Perípato.

Ello hace imposible una bipartición neta del libro ni entre 33a y b ni entre 57 y 58. Más bien es entre estos dos cortes donde se encuentra la cesura compositiva, claramente marcada por la intervención del interlocutor. Allí está ubicada entre dos pasajes que se corresponden mutuamente por su contenido y por sus proporciones, y que tratan el tema de la metriopatía, expresamente omitido en la conversación inicial.

V

El proemio del libro V comprende de 1 a 11. Le sigue, de 12 a 22a, el diálogo introductorio, que se abre con la tesis del interlocutor *Non mihi videtur ad beate vivendum satis posse virtutem*. Cicerón explica primero que si bien, a partir de los libros I a IV, resulta evidente la autarquía de la virtud, no es adecuado proceder tan sucintamente. La explicación que sigue parte de la opinión de Bruto, tan estimado por Cicerón, de que si bien la virtud es suficiente para una *vita beata*, con todo hay, aparte de ella, también otros bienes.

En el apartado siguiente, de 22b a 31, se rechaza esta tesis en una polémica con distintos filósofos. La virtud realiza la *vita beata*, y no pueden entonces amenazarla males externos. Por eso, aquello – llámese pobreza, dolor o invalidez – que en general es considerado un mal y que puede acometer también al virtuoso, no es en realidad ningún mal. Por el contrario, pretendidos bienes como la riqueza o la enfermedad no son verdaderos bienes.

La parte que empalma con ésta abarca de 32 a 67. Luego de una introducción en forma de diálogo, presenta Cicerón una larga serie de autoridades, ejemplos y silogismos, que sirven para probar que no sólo una *vita beata*, sino también la *vita beatissima* reside exclusivamente en la virtud. A éste sigue el apartado 68-72, una descripción de la felicidad de la que el sabio goza en la contemplación.

La sección que sigue abarca de 73 a 82a. Ante una interpelación del interlocutor, decide Cicerón tolerar el parecer de que hay otros bienes además de la virtud, siempre que se los considere completamente insignificantes.

Con esto empalma el apartado 82b-118. De introducción vale la duda del interlocutor de que, aceptando otros bienes además de la virtud, sea aún posible tener al sabio no sólo por *beatus* sino por *beatissimus*. Cicerón concluye que esto es, de hecho, correcto debido a la insignificancia de los bienes secundarios de la felicidad, lo que ilustra con numerosos ejemplos. Para corroborar esto vuelve a ejemplificar la nimiedad de los pretendidos males.

El discurso final, de 119 a 121, recapitula: no hay oposición relevante en la práctica entre la opinión según la cual la virtud es el único bien y el parecer de que junto a la virtud hay otros bienes, si bien insignificantes. Lo que en cualquier caso vale es que la *vita beata* reposa en la virtud. La enunciación final indica la conclusión de la obra y corresponde a la referencia a I-IV en el diálogo introductorio.

La estructura del libro V puede pues resumirse del siguiente modo:

Primero está el proemio de	1 a 11	(5,2 pp.).
El marco lo configuran el diálogo introductorio de	12 a 22a	(5 pp.)
y el discurso final de	119 a 121	(1,2 pp.).
Entre ambos hay un primer párrafo más extenso, de	22b a 67	(20,3 pp.),
y un segundo, de	73 a 118	(20,3 pp.).

Estos dos bloques se articulan respectivamente en una parte más breve de carácter introductorio y en una segunda conclusiva,

a saber de	22b a 31	(4,6 pp.)	y de	32 a 67	(15,7 pp.),
y de	73 a 82a	(4,1 pp.)	y de	82b a 118	(16,2 pp.).

Centro y culminación¹¹ es el idilio sobre la felicidad del sabio,

68-72 (2,9 pp.).

Hay pues una composición central muy semejante a la del libro I, si bien menos estructurada por medio de las intervenciones del interlocutor.

*

La composición general de la obra se presenta pues del siguiente modo.¹² Entre los libros I y V, más extensos, están II-IV, más breves. La arquitectura de I coincide con la de V. Entre el diálogo introductorio y el discurso final hay en cada caso dos bloques de composición paralela, el primero de los cuales sostiene una tesis avanzada, el segundo por el contrario una más modesta¹³. Entre ambos bloques hay en cada caso una parte central que va más allá del verdadero tema. Estos dos apartados centrales se corresponden en cuanto al contenido en la medida en que el del libro I trata de la actividad espiritual del alma inmortal y divina, el del libro V, de la dicha del sabio, de carácter contemplativo. En fin, los libros I y V tienen también en común que la mayor parte de los apartados están marcados por la participación del interlocutor.

También los libros II y IV coinciden en su composición. El marco, doble en el caso del libro II, simple en el caso del IV, abraza una parte central que está en uno y otro caso articulada en dos mitades, separadas por objeciones del interlocutor; falta una verdadera sección central como en I y V. Con todo, los libros II y IV tienen una simetría axial, pues las mitades de las partes principales están a su vez articuladas en apartados de extensiones desiguales, cuyas correspondencias quiásticas son evidentes en cada caso gracias a las proporciones; en II, aparte, ayuda la articulación interna; en IV, el contenido de los miembros intermedios. Las objeciones del interlocutor ocurren en ambos libros en el mismo sitio. (Sin considerar queda el marco doble en II).

El libro III ocupa una posición especial. Tiene una composición central, como I y V; como en estos dos libros, la parte principal está articulada en tres bloques, de los que el primero y el tercero están compuestos paralelamente, y se corresponden por ello y por la extensión. Pero, en la realización de este

11 "*Eingelegte Digression*" (así Süß 277 con nota 3) es muy poco.

12 No se pueden constatar coincidencias precisas entre las proporciones de los distintos libros. Pero la suma de I y V corresponde a la suma de II y IV, y, más importante aún, la suma de I y II a la de IV y V; III queda así casi exactamente en la mitad. Este

marco que dos partes exteriores, más grandes y que se corresponden en su extensión, ofrecen a una parte central más pequeña, coincide con la estructura del libro I y del libro V; las relaciones de extensión son comparables, aproximadamente, a las del libro I.

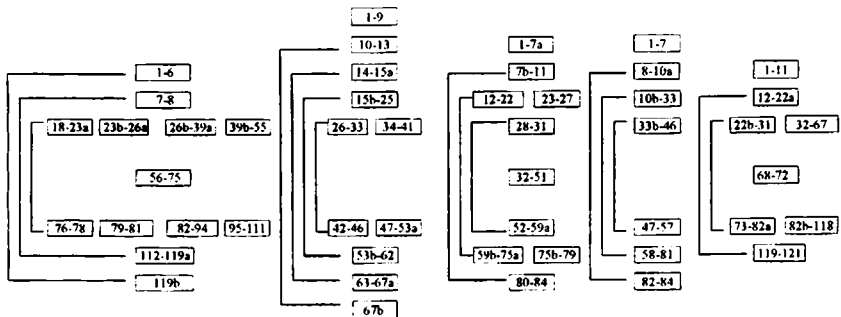
13 Cf. GÖRLER 20-26.

esquema fundamental, III puede valer directamente por la inversión de I y V. Dejando de lado detalles¹⁴, en I y V sobre todo los bloques que enmarcan el centro son mucho más extensos que el centro mismo, mientras que en III se encuentra el caso contrario. En correspondencia con ello, en I y V la parte central es unitaria; en III, en cambio, tripartita: además, la parte central está encuadrada por dos marcos de extensión semejante y presenta en sí misma una forma de composición en anillo.

La forma peculiar de las referencias internas entre los bloques exteriores de I y V no tiene correspondencia en III. En común tienen en cambio los tres libros el tratamiento de un tema que excede los límites de la propia temática. Por cierto está esta exposición en I y V claramente separada, en III en cambio más fuertemente integrada en la exposición del tema. Más significativa que la oposición formal es, sin embargo, la de contenido. Pues mientras en I y V pinta Cicerón los goces de la contemplación, polemiza en cambio en III con el principio del placer epicúreo, presentado de modo completamente sensual.

La arquitectura general de la obra se puede caracterizar pues como una especie de composición en anillo. Pero evidentemente el libro III no puede valer como corazón del todo, y más bien hay que considerar como doble culminación los extensos libros I y V¹⁵, que se destacan de los demás por su peculiar estructura más artística. Frente a esto, el libro III debe ser visto más bien como un miembro intermediario de enlace o de transición, que salva a la composición de que se desintegre en dos partes y garantiza su unidad.

La composición de las *Tusculanae disputationes* se puede representar esquemáticamente de la siguiente forma:



14 En I y V la marcación de la estructura queda en gran medida clara gracias a que interviene el interlocutor; intervención que falta en III, si prescindimos del diálogo introductorio. Las partes externas que rodean la parte central en I y V están com-

puestas, de modo paralelo, por un aparatado más breve y uno más largo; en III la sucesión es inversa.

15 Cf. Suß 277; GIGON 391; K. BRINGMANN: *Untersuchungen zum späten Cicero*, Göttingen 1971, 158.

Corresponde aquí preguntarse si esta composición tan cuidada en su aspecto exterior y literario responde también a una estructura del pensamiento.

Primero, se puede confirmar ante todo que el libro III tiene una especial significación para la estructura de la totalidad. Cicerón no ha reunido la aflicción tratada en el libro III con las restantes pasiones, aun cuando subraya repetidamente la vinculación de la *aegritudo* a las *perturbationes animi*¹⁶.

Si se intenta ahora establecer una relación entre la composición hasta ahora descrita y la secuencia de los temas, según el orden en que fueron nombrados primero, es decir muerte, dolor, pena, otras pasiones y la autarquía de la virtud para alcanzar la *vita beata*, resulta que el libro III, también desde el punto de vista del contenido, es la bisagra que cohesiona las dos mitades de la obra y las media entre ambas.

En la secuencia de los temas de I a III, muerte – dolor – pena, se presenta una enumeración de males que corresponden a la experiencia humana común. Su gradación se ajusta al peso que el sentido común les atribuye. Contrasta con esto una serie de declaraciones sobre el sabio en los libros III a V. De él se afirma que está libre de penas, libre también de las otras pasiones, que es sin duda feliz, siempre que posea la virtud. Estas afirmaciones son teóricas y normativas¹⁷.

En cuanto a la *vita beata* como tema general de las *Tusculanae disputationes* significa esto lo siguiente: mientras la problemática de los libros I-III surge de una concepción empírica de la *vita beata*, parten las cuestiones tratadas del III al V de una concepción normativa de la misma¹⁸.

Esto muestran también, en sus rasgos fundamentales, las respectivas argumentaciones. Por cierto, conviene dejar sentado que Cicerón no procede en forma esquemática.

Que la muerte no es un mal es conclusión que en el libro I parte de un fundamento totalmente empírico, a saber, que un muerto no puede sentir ninguna desdicha; aún más, que la muerte es una liberación de los males de la vida –de esos mismos males que no son aceptados en el libro V–, pues no se los ve como males reales que puedan afectar una *vita beata*. También la descripción de los goces intelectuales del más allá, que son objeto

16 Cf. III 7.13.23s.; IV 63.82s.

17 Cf. la constatación, referida a I-IV, de que "durch die gewählte Disposition sich eine sehr passende Abfolge der einzelnen Bücher nach den Themen ergab," en R. KASSIRER: *Untersuchungen zur griechischen und römischen Konsolationsliteratur*,

München 1958, 18.

18 La experiencia corresponde aquí a la sensación; la teoría, a la reflexión. GÖRLER en su apéndice ordena, en cambio, la experiencia a la razón; la teoría, a una fe teñida de emocionalidad (cf. por ejemplo 131-154.178.206-208).

de esperanza en el libro I, tiene una base empírica. Y que, fundada en un tal placer del espíritu, la muerte sea un bien, no es una afirmación de carácter dogmático, sino que está considerada sólo como posibilidad.

En el libro II se reconoce expresamente como un hecho empírico que el dolor sea considerado un mal. Cicerón rechaza como *copia verborum* el postulado estoico de que no es un mal, sino más bien *asperum, contra naturam, vix quod ferri tolerarique possit* (II 29s.). La afirmación de que la *turpitud* es el mayor mal, porque contrapuesto a la *virtus*, parte ciertamente de un punto de vista normativo. Pero en los ejemplos que Cicerón propone aparece la *turpitud* sobre todo como ignominia, como fenómeno social, empírico¹⁹.

En el IV, la expresión elegida para describir las pasiones, *animi perturbationes*, las caracteriza ya negativamente²⁰. Partiendo de esta concepción es que ha de ser rechazada la propuesta de metriopatía peripatética; completamente normativa es, finalmente, la reprobación de la alegría exagerada²¹. Sobre el caso de un joven en pleno estado de júbilo por el placer amoroso que en breve le espera, observa Cicerón: *Haec laetitia quam turpis sit, satis est diligenter attendentem penitus videre*; falta cualquier tipo de fundamentación²². Contrasta profundamente con una interpretación empírica el juicio aplastante de Cicerón, y sin embargo el joven tiene la sensación de estar efectivamente ante una fortuna tal, que no alcanza a expresarla más que en una hipérbole cómicamente audaz: *Fortunam ipsam anteibo fortunis meis*.

Por fin, en el libro V lleva Cicerón a su culminación la concepción normativa de la *vita beata*. Requisito, por cierto, es que no quede clara la contraposición entre las dos perspectivas, la empírica y la normativa²³. Cicerón ataja el intento del interlocutor de distinguir *bene* y *beate vivere*

19 También POHLENZ (1909) 23 subraya que la concesión de que la vergüenza es el mayor mal no influye en el curso posterior del diálogo.

20 Cf. también GIGON 259.285s.

21 La concesión que se hace en IV 66, *sint sane ista bona, quae putantur*, contribuye a hacer esto aún más evidente.

22 Sería necesario lograr una delimitación convincente de *laetitia* respecto de *gaudium*, la alegría conforme a la razón, según el esquema desarrollado en IV 11-14.

23 Es significativa la cita del *Gorgias* platónico en V 34s., pues este diálogo presenta virtualmente el caso modélico de tal proceder. El mito del mundo subterráneo que relata Sócrates quita sin duda dureza a la argu-

mentación normativa, pues sin llegar a hacer de lo moralmente bello algo agradable, con todo abre la promesa de gozos ultraterrenos como premio. Cicerón, en cambio, con el repudio de las espantosas representaciones del mundo subterráneo, refuta al mismo tiempo en el libro I (I 10) la idea misma de un juicio a los muertos; y no puede revocar la refutación si no quiere quitar fundamento a la tesis de que la muerte no es un mal. (La breve observación sobre las dos vías, en I 72, es irrelevante para el curso general de la argumentación). De modo absolutamente consecuente defiende el punto de vista de que la felicidad se basa en la misma virtud, y de que ésta es el único o al menos el más alto bien.

(12 s.) velando la disyuntiva. Recogiendo hábilmente los aspectos empíricos propuestos por el interlocutor, logra aumentar la fuerza persuasiva de su argumentación. Pues concluye a partir del libro IV que sólo la virtud es el fundamento de la *vita beata*, cambiando, mediante adecuadas descripciones, el aspecto normativo de la desaprobación de las pasiones por uno empírico²⁴. Nuevamente deja por cierto sin justificar el rechazo de la *laetitia*, afirmando en cambio, en una formulación aforística, que quien la experimenta es *tanto miserior, quanto sibi videtur beatior*. Con esto quedaría probada la autarquía de la virtud.

Cicerón infiere de ello, primero, que fuera de la virtud no puede haber ningún bien, y que ningún mal puede ser más grande que la falta de ella, porque si nó la *vita creata* no podría descansar solamente en ella. Pero, aun considerando el caso de que hubiera, aparte de ella, otros bienes, y aparte de ella, otros males, sobre todo dolores – en ellos persiste el interlocutor y Cicerón los había reconocido expresamente como mal en II 29-31²⁵ –, insiste Cicerón en afirmar que ellos no tienen importancia frente a la virtud. Una vida virtuosa es feliz, según Cicerón, aun en el caso extremo de que dolores insoportables obliguen a acabar con ella mediante el suicidio (117 s.). La concepción normativa de la *vita beata* alcanza aquí una cima vertiginosa.

En el libro III se superponen las dos series, en tanto la *aegritudo* presenta un mal bajo un doble aspecto: empíricamente, como una desgracia percibida por la experiencia sensible; normativamente, como *animi perturbatio*. Precisamente por ello puede la *aegritudo* ofrecer la ensambladura entre el libro I y el II por un lado, y entre el IV y el V por el otro, porque pertenece razonablemente a una y otra temática. Es justamente por eso que puede pasar desapercibido el tránsito de la experiencia a la norma²⁶. Mientras el tratamiento del tema está considerablemente teñido de empirismo, la clasificación de la *aegritudo* como *animi perturbatio* es una indicación, en cambio, hacia lo que sigue²⁷. Al tratar Cicerón la pena o

24 Para una justificación parcial de la argumentación, cf. BRINGMANN 166; sobre el interés personal de Cicerón, cf. 170.254.

25 La observación de GÖRLER: "Der Schmerz wird im zweiten Tusculanenbuch (52) als weibische Einbildung abgetan" (80) no tiene en cuenta que en el contexto no se trata del dolor mismo, sino del soportarlo (como ponen en evidencia los *exempla*).

26 De modo semejante, en I y V la, el defender primero una tesis contraria amplia,

luego una más moderada, encubre el hecho de que las refutaciones iniciales de las tesis del interlocutor son altamente problemáticas; la disposición cubre las debilidades de la argumentación. Sobre el modo de proceder, cf. POHLLENZ (1906) 337; SUB 277; KLEJWIGT *passim*; GÖRLER 20-26.206-208.

27 En III 80, Cicerón trata la argumentación normativa con la oposición de *virtus* y *turpitud* sólo en forma de una *praeteritio*; cf. PHILIPPSON 248.

aflicción como la peor de las pasiones, prepara la doctrina sostenida en el libro IV de que también las pasiones restantes deben ser juzgadas negativamente²⁸. Y puesto que la valoración de la pena en el libro III no necesita de ninguna prueba, pero sí lo necesita el rechazo por principio de las pasiones en el IV, sólo en este libro se sigue la detallada exposición teórica²⁹.

En la mitad del libro III empero, y con ello en la mitad de la obra, es donde Cicerón ha colocado su crítica fundamental a la doctrina de Epicuro. Esta polémica excede tanto el contexto inmediato, que podría parecer que está fuera de lugar.³⁰ Pero en la composición general, sin embargo, la crítica que hace Cicerón de un epicureísmo, según el cree, de características puramente sensuales, está precisamente en el lugar adecuado, allí donde la interpretación empírica y la normativa de la *vita beata* se encuentran: en el libro III de las *Tusculanae disputationes*.

Apéndice

En la composición de las *Tusculanae disputationes* se corresponden entre sí distintos apartados. Esto resulta claro no sólo por las correspondencias de contenido (como más arriba) sino también por la coincidencia en la extensión de los apartados, que, aunque no es exacta, es sin embargo fácilmente perceptible. Las particularidades surgen de la tabla que sigue a continuación. Por motivos prácticos, los valores remiten a la paginación de la edición de M. POHLENZ, Leipzig 1918, y sólo se pueden entender como aproximaciones.

28 Cf. IV 83: *non fortuito factum videtur, sed a te ratione propositum, ut separatim de aegritudine et de ceteris perturbationibus disputaremus; in ea est enim fons miseriarum et caput*, con el contexto. Las explicaciones en IV valen entonces como complemento y continuación de III. Un tratado particular sobre la pena como la peor de las pasiones (cf. KASSEL 17s.; un motivo del tratamiento independiente podría ser el persistente duelo por la muerte de Tulia, como proponen PHILIPSON 276; BÜCHNER XI.; KASSEL 18) tendría su lugar en una consideración sistemática, no antes, sino después de una discusión general de las *animi perturbationes*. La disposición existente induce en cambio a sacar una conclusión general a partir del caso particular de la *aegritudo*.

29 La ya descrita ambigüedad del libro III

se hace manifiesta en la comparación de la tesis introductoria, de tono normativo, *Videtur mihi cadere in sapientem aegritudo*, y la declaración de *De div. II 2, de aegritudine lenienda*: aquí falta el concepto normativo del sabio, el tema está completamente orientado a la correspondiente terapia. Distinta es la indicación del tema del libro IV: *de reliquis animi perturbationibus*. En cuanto a la lengua, las formulaciones correspondientes a I-III evidentemente hacen juego: *Primus enim est de contemnenda morte, secundus de tolerando dolore, de aegritudine lenienda tertius* (inversión con un ligero efecto de cláusula).

30 Cf. por ejemplo POHLENZ (1906) 323: "Das Thema verliert er dabei völlig aus den Augen;" "in § 28-52 völlige Verwirrung"; cf. además BÜCHNER XI.; SÜß 289; GIGON 378.

En la primera columna, la tabla presenta los apartados individuales; los bloques incluyentes están marcados con negrita. La segunda columna incluye la correspondiente extensión del texto, la tercera la diferencia entre ambos; los datos remiten a las páginas de Teubner. Finalmente, la cuarta columna da la divergencia relativa, aplicando la diferencia mencionada en la tercera columna al valor menor de la segunda.

Apartados	Extensión en páginas Teubner	Divergencia en pp.	Divergencia en %
I 7-8	: 119b - 1	: 0,3 - 0,7	- 233%
9-17	: 112-119a - 5,5	: 4 - 1,5	- 37,5%
18-23a	: 76-78 - 3	: 1,5 (2,5) - 1,5 (0,5)	- 100% (20%)
23b-26a	: 79-81 - 1,3	: 1,5 - 0,2	- 15,4%
26b-39a	: 82-94 - 6,2	: 7,4 - 1,2	- 19,4%
39b-55	: 95-111 - 8,4	: 9,2 - 0,8	- 9,5%
18-26a	: 76-81 - 4,3	: 3 (4) - 1,3 (0,3)	- 43,3% (7,5%)
26b-55	: 82-111 - 14,5	: 16,6 - 2,0	- 13,7%
18-55	: 76-111 - 18,9	: 19,6 (20,6) - 0,7 (1,7)	- 4,3% (9,0%)
II 10-13	: 67b - 2	: 0,4 - 1,6	- 400%
14-15a	: 63-67a - 0,7	: 2,1 - 1,4	- 200%
15b-25	: 53b-62 - 5,8 (5)	: 4,6 - 1,2 (0,4)	- 26% (8,7%)
26-33	: 42-46 - 4,3	: 3,4 - 0,9	- 26,5%
34-41	: 47-53a - 4,6	: 3,3 - 1,3	- 39,4%
26-41	: 42-53a - 8,9	: 6,7 - 2,2	- 32,8%
15b-41	: 42-62 - 14,7 (13,9): 11,1	: 3,4 (2,6) - 3,0 (2,3%)	- 30% (23%)
III 7b-11	: 80-84 - 3	: 2,3 - 0,7	- 30,4%
12-22	: 59b-75a - 6	: 8,1 - 2,1	- 35%
23-27	: 75b-79 - 3,2	: 2,4 - 0,8	- 33,3%
28-31	: 52-59a - 2,5	: 3,6 - 1,1	- 44%
12-27	: 59b-79 - 9,2	: 10,5 - 1,3	- 14,1%
IV 8-10a	: 82-84 - 1,1	: 1,1 - 0	- 0%
10b-33a	: 58-81 - 11,4	: 12 - 0,6	- 5,3%
33b-46	: 47-57 - 6,3	: 6,6 - 0,3	- 4,8%
10b-46	: 47-81 - 17,7	: 18,6 - 0,9	- 5,1%
V 12-22a	: 119-121 - 5	: 1,2 - 3,8	- 317%
22b-31	: 73-82a - 4,6	: 4,1 - 0,5	- 12,2%
32-67	: 82b-118 - 15,7	: 16,2 - 0,5	- 3,2%
22b-67	: 73-118 - 20,3	: 20,3 - 0	- 0%

En primer lugar, se puede constatar que los valores extremos, tanto absolutos como relativos, se encuentran en las secciones que sirven de marco: 3,8 páginas en la relación de V 12, 22a con 119-121; 400% para II 10-13 y 67b, 317% para V 12-22a y 119-121, 233% para I 7-8 y 119b, 200% para II 14-15a y 63-67a. Es evidente que Cicerón no ha buscado aquí el equilibrio de las proporciones, ya que la correspondencia entre diálogo introductorio y conclusión, como también entre las presentaciones de escenas o circunstancias, es suficientemente clara y no necesita confirmarla de este modo.

De las diferencias absolutas, sigue la de 3,4 páginas entre II 15b-41 y 42-62. Pero esta cifra, en cierta medida, engaña, ya que 15b-25 comprenden en total 83 versos que no llenan las páginas.

Si se lo calcula como páginas en prosa (474 palabras = 2,5 páginas), queda todavía una diferencia de 2,6 páginas. Con eso, se reduce notablemente la distancia a los valores que siguen: 2,2 páginas para II 26-41 y 42-53a; 2,1 páginas para III 12-22 y 59b-75a; 2,0 páginas para I 26b-55 y 82-111. Los correspondientes valores relativos para II 15b-41 y 42-62, empero, no son notablemente altos (30% ó 23%, si se calculan los versos como páginas en prosa).

Éste es más bien el caso entre los elementos particulares con 100% para I 18-23a y 76-78 (seguido por 44% para III 28-31 y 52-59a), y en el caso de las sumas con 43,3% para I 18-26a y 76-81 (seguido por 32,8% para II 26-41 y 42-53a). Estos llamativos valores confirman la suposición de que en I 76 hay una laguna, como conjetura M. POHLENZ en *Ciceronis Tusculanarum disputationum libri V, mit Benützung der Ausgabe von O. HEINE erklärt*, I Leipzig/Berlin 1912, 98 (a quien sigue GIGON 232f.) en base al curso del pensamiento. Si, siguiendo la opinión de GIGON de que falta más de una oración (opinión defendida por POHLENZ), se quisiera considerar la pérdida de alrededor de una página, resultarían valores de 20% en lugar de 100% y de 7,5% en lugar de 43,3%. Estas cifras estarían por debajo del promedio de 21,5% para elementos individuales (sin contar las secciones que enmarcan como tampoco I 18-23a y 76-78 mismo) y 14,8% para sumas (sin contar 18-26a y 76-81 y también 18-55 y 76-111; para II 15b-41 se supone la cantidad de 5 páginas, como se ha calculado antes, en vez de 5,8). Cifras que correspondieran aproximadamente a otros valores altos (ver más arriba) resultarían, para I 18-23a y 76-78, de la suposición de que la extensión de la laguna fuera de 0,6 ó 0,7 páginas (42,9% ó 36,4%).

Finalmente, se puede constatar que las proporciones están trabajadas con desigual precisión (sin considerar los apartados que sirven de marco; se tienen en cuenta las modificaciones propuestas; entre corchetes están los datos que resultan sin ellas). Muy exactas son las proporciones en IV y V (desviación promedio de 0,5 página ó 5,1%; desviación máxima 0,9 de página ó 12,2%). En II y III, en cambio, hay más bien correspondencias aproximativas (desviación promedio 1,4 [1,6] páginas ó 28,5% [31,2%]; desviación máxima 2,6 [3,4] páginas ó 44%). I tiene una posición intermedia (desviación promedio 1,0 [1,1] páginas ó [13,5%] [29,4%]; desviación máxima 2,0 páginas o 20% [100%]). Los valores promedio de las desviaciones para todos los libros comprenden 1,1 [1,2] páginas ó 24,7% [30,9%]. Sólo 5 [4] casos de 22 (22,7% [18,2%] entonces) superan el límite de 1,3 páginas, con lo que se alcanza a lo sumo 35% de diferencia; sólo 5 [8] (22,7% [36,4%] entonces) superan el valor de 26,5%, sólo 7 [10] (31,8% [45,5%] entonces), el de 20%.